



Trauma y traducción en la narrativa latinoamericana contemporánea.

Introducción

Trauma and Translation in Contemporary Latin American Narrative. Introduction

ILSE LOGIE

Universiteit Gent, Bélgica

<https://orcid.org/0000-0002-7344-1793>

Ilse.Logie@UGent.be

Los seis artículos reunidos en este dossier¹ investigan, desde un enfoque interdisciplinario, la conexión entre trauma y traducción tal como se manifiesta en un corpus de textos narrativos contemporáneos de escritores de origen latinoamericano a partir de 1980.

Como el trauma, cuyos rasgos centrales son la repetición (su insistente reaparición) y la temporalidad diferida (Caruth 1995, 9), también la traducción, de carácter intrínsecamente mediador, opera por desplazamiento, como un discurso referido. Notablemente la relación entre trauma y traducción ha dado lugar, en las últimas décadas, a la aparición de un conjunto de novelas y autobiografías noveladas que articulan la actividad traductiva con la experiencia traumática.

Un objetivo preliminar del dossier consistió en identificar esas narraciones, a fin de estudiarlas desde diversas posiciones teóricas y metodológicas. Las distintas contribuciones que lo componen abordan la compleja relación entre trauma y traducción con metodologías provenientes de la narratología, los estudios de traducción, las *digital*

¹ Este dossier recoge en parte las comunicaciones presentadas durante la Jornada de Estudio “Trauma y traducción en la narrativa latinoamericana contemporánea”, celebrada en la Universidad de Gante el 02/02/2018 en el marco del proyecto “Lives in Translation. The Paradoxes of Spanish-American Multilingual Autobiographical Writing 1980-2015” (G046117N) subvencionado por el FWO Flandes. Agradezco a todos los participantes y comentaristas de aquel encuentro sus valiosos comentarios, y a Laura Welsch el esmerado trabajo de síntesis y edición de los textos aquí reunidos.

humanities, el psicoanálisis, los estudios sobre el trauma y la memoria, la teoría postcolonial y diversos paradigmas filosóficos y éticos. Están centradas en narraciones tan disímiles como *Hunger of Memory* (1982) de Richard Rodriguez, *Lenta biografía* (1990) de Sergio Chejfec, *Mar paraguay* (1992) de Wilson Bueno, *Yo nunca te prometí la eternidad* (2004) de Tununa Mercado, *Insensatez* (2008) de Horacio Castellanos Moya, *Manèges* (2007) y *Le bleu des abeilles* (2013) de Laura Alcoba, *Diario de una princesa montonera* (2009/2012) de Mariana Eva Pérez, *At Night We Walk in Circles* (2013) de Daniel Alarcón y *Los niños perdidos* (2016) de Valeria Luiselli. También habrían podido incluirse *Maldición eterna a quien lea estas páginas* (1980) de Manuel Puig, *Heading South, Looking North* (1998) de Ariel Dorfman o *Cincuenta lecciones de exilio y desexilio* (2000) de Gustavo Pérez Firmat, entre otras.

TRAUMA, TRADUCCIÓN Y PSICOANÁLISIS

La relación entre trauma y traducción, poco explorada, ha sido propuesta y pensada sobre todo desde el psicoanálisis. Conceptualizada a finales del siglo XIX por Sigmund Freud, la noción de trauma designa, según el *Diccionario de Psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis, un “acontecimiento de la vida del sujeto caracterizado por su intensidad”, al tiempo que se subrayan desde el inicio tanto la “incapacidad del sujeto de responder a él adecuadamente” como “el trastorno y los efectos patógenos duraderos que provoca en la organización psíquica” (1996, 447). Freud ya había puesto de manifiesto la estructura paradójica del acontecimiento traumático, expresada precisamente a través de la dicotomía presencia/ausencia, es decir, su necesidad de articulación y simultáneamente su elusiva naturaleza representacional, aquello que escapa a los marcos de lo real y por eso no puede ser simbolizado por el sujeto afectado. Desde Freud, una pregunta fundamental ha girado en torno a la posibilidad de que a través del relato que construye durante la cura psicoanalítica, el sujeto pueda dar cuenta de una experiencia que, en tanto traumática, presupone una imposibilidad de elaboración. El recurso al tercero, dispositivo que comparten la traducción y el psicoanálisis, resulta clave a la hora de expresar lo que es, por definición, refractario al lenguaje. No sorprende, por tanto, que varios estudiosos (Laplanche, Kaës, Altounian) hayan trazado un paralelismo entre el acto de traducción y la transferencia en el encuentro psicoanalítico, dado que ambos “desvíos” ofrecen un campo de mediación entre el adentro y el afuera del paciente.

En una conocida carta a Wilhelm Fliess de diciembre de 1896 (comentada por Andrew Benjamin 1992, 19), ya Freud comparó la escena psicoanalítica con un intento de traducción, que tendría lugar entre el proceso primario inconsciente, concebido como una lengua extranjera, y el proceso secundario consciente del paciente, en el que el analista cumpliría las funciones de intérprete simultáneo. Freud vinculaba el fracaso de esta traducción a lo que clínicamente conocemos como “represión”.

En el modelo psicoanalítico de Jean Laplanche, la pulsión de traducir ocupa un lugar central. De acuerdo con su planteamiento, la realidad psíquica no puede ser

aprehendida directamente: es aquello a lo que solo podemos tener acceso a través de transformaciones. El desafío del analista consiste, entonces, en dejarse afectar por la lengua del otro, rechazando el papel de mero reproductor de significados. Refiriéndose a la “tarea del traductor” de Walter Benjamin (1921), Laplanche asocia el movimiento de traducción en el contexto del trabajo psicoanalítico con una suerte de repatriación (Laplanche 1996, 59) en la lengua de acogida, de aquello que había sido apartado o reprimido en traducciones anteriores, repatriación que abriría la posibilidad de nuevas y mejores traducciones, si bien en última instancia seguiría existiendo un núcleo intraducible.

El psicoanalista francés René Kaës, cuyo trabajo gira en torno a las catástrofes de las violencias perpetradas por el Estado, ha subrayado sobre todo la importancia de la dimensión intersubjetiva a la hora de hacer visibles las huellas del trauma, es decir, la necesidad de instaurar una escena de escucha. En su artículo “Polifonía del relato y trabajo de la intersubjetividad en la elaboración de la experiencia traumática” (2002, 22-23), destaca la importancia de las operaciones de “desplazamiento del lugar de enunciación”, presentes por ejemplo en la operación traductora. Considera a estas operaciones análogas al vínculo que el paciente crea con su analista, volcando en él afectos y huellas de su pasado en el mecanismo de la transferencia. Según Kaës, el traumatismo se canaliza por el derrumbe de los espacios intermediarios, de las funciones de protección y de transformación asociadas con ellos. La “terceridad” ofrecería un campo de mediaciones que permite la diferenciación.

Kaës remite a Janine Altounian como ejemplo de superación del trauma a través del proceso de representación mediada por otros. Nacida en París, pero hija de exiliados armenios que se refugiaron en Francia después del genocidio armenio de 1915, Altounian es la autora que más hondamente ha reflexionado sobre el rol de la traducción como puesta en distancia lingüística y psíquica. Ensayista, profesora y traductora de Freud al francés, Altounian ha trabajado intensamente en el problema de la traducción del trauma colectivo en la psiquis de los descendientes de sobrevivientes de genocidios y en lo que significa ser heredero de un pueblo aniquilado. A este tema, y a su propia cura a través de la traducción, ha dedicado varios libros, entre otros *L'intraduisible. Deuil, mémoire, transmission* (2005), en los que la traducción metafórica y la traducción propiamente dicha, como recodificación de una lengua por otra, se combinan.

LOS ESTUDIOS DEL TRAUMA

La noción de trauma ha sido trabajada desde diferentes perspectivas. De clara filiación psicoanalítica, el concepto tuvo que esperar hasta la década de 1980 para ser incorporado a otros campos del saber. Este proceso de incorporación se produjo a partir de la emergencia de los testimonios de sobrevivientes del Holocausto, que contenían invariablemente huellas de una revelación de lo inconcebible. Fueron los historiadores Saul Friedländer y Dominick LaCapra quienes, en esa misma década y tomando el

psicoanálisis como referente principal, pero dejando de lado los elementos de orden sexual, postularon, para el estudio de los traumas resultantes de acontecimientos históricos, la estructura *catastrófica* del trauma (Vetö 2011, 140, énfasis en el original), que concibieron como extrapolable a todo acontecimiento límite. A partir de mediados de los años 90, los estudios sobre el trauma se extendieron a las ciencias sociales, hasta consolidarse, a finales del siglo xx, como un paradigma indispensable dentro de los estudios de la memoria. También han surgido, sin embargo, voces críticas: Ruth Leys (2000) señala las tensiones y los límites del término, que, debido a su excesiva abstracción, tiende a funcionar como cajón de sastre, y para Wulf Kansteiner (2008), el concepto de “trauma” ha perdido autorreflexividad para convertirse en una “gran narrativa” de la academia metropolitana.

No es exagerado decir que en el contexto de la historia reciente de América Latina encontramos ejemplos del proceso explicado por LaCapra, según el cual el trauma histórico se convierte en un trauma fundante, base para la identidad colectiva (LaCapra 1990, 724). Tras analizar las consecuencias del conflicto armado de El Salvador en los años 80, Martín-Baró (1990) acuñó el concepto de “trauma psicosocial”, que consideraba más apto que las categorías psiquiátricas a la hora de dar cuenta de la problemática de las víctimas de violencia política en América Latina. En la línea de Halbwachs, Martín-Baró sostiene que este trauma no halla su origen en conflictos intrapsíquicos o interpersonales, sino que es provocado por un contexto social determinado.²

No es casual, por tanto, que todos los textos estudiados en este dossier giren en torno a experiencias traumáticas no estrictamente individuales, sino que emanan de dramas colectivos que marcaron o siguen marcando fuertemente al cuerpo social, con efectos desestabilizadores sobre las comunidades afectadas: el genocidio nazi en la memoria de los fugitivos, el genocidio guatemalteco en la de los testigos sobrevivientes, la dictadura argentina, el conflicto armado en el Perú, los niños centroamericanos indocumentados, el desgarramiento del sujeto postcolonial paraguayo, la discriminación de la comunidad latina en EE UU. Evocan traumas causados por la violencia política y simbólica o por violaciones sistemáticas de los derechos humanos producidas en distintos países de la zona en la segunda mitad del siglo xx o las primeras décadas del xxi.

Pero, como ha destacado el sociólogo Jeffrey Alexander (2004), lo que caracteriza el surgimiento del estado traumático no es, a fin de cuentas, el acontecimiento en sí, sino su interpretación por parte de los sujetos afectados, en la medida en que el estado traumático puede ser atribuido a un fenómeno real o imaginario. Para que una comunidad viva un evento como traumático, este debe afectarla dejando marcas indelebles, rediseñando sus memorias y alterando su futuro de manera irrevocable. Es esta construcción

² La pertinencia para América Latina del estudio de estos “traumas colectivos” ha sido puesta de manifiesto en el dossier “Trauma colectivo y (post)memoria audiovisual en América Latina del siglo xxi”, coordinado por Karen Genschow y Roland Spiller, que se publicó en el número 65 (2017) de *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*. DOI: <http://dx.doi.org/10.18441/ibam.17.2017.65>.

a posteriori de un fenómeno de violencia a la que Alexander llama “trauma cultural”, un concepto que resulta aplicable a los casos que nos ocupan aquí.

De lo expuesto resulta que la noción de “trauma” ha recorrido mucho camino durante las últimas décadas, a lo largo del cual las hipótesis del modelo freudiano han sido reformuladas críticamente. Definido primero como una patología psicológica preponderantemente individual (en el marco de un paradigma occidental de valores considerados universales), pasó a ser considerado como fenómeno cultural fuertemente insertado en formas estructurales de violencia política o social (étnica, de género etc.), y por esto requiere un enfoque pluralista e interdisciplinario.³ Este desplazamiento tiene también implicaciones para el modo en que se enfoca la relación entre trauma y traducción, como se desprende del estudio de Bella Brodzki, *Can These Bones Live?*, que se inscribe en el paradigma más amplio de la “traducción cultural”, propuesto por Homi K. Bhabha (1994). Al inspirarse en acepciones metafóricas del concepto de traducción, Brodzki la plantea como un proceso de re inserción cultural más que como un producto textual y resalta el vínculo con contextos históricos y antropológicos disruptivos como la migración. Remitiendo a la reflexión de Walter Benjamin sobre la traducción como “sobrevida”, como continuación bajo otra forma de la vida de un original –sea un texto individual o una narrativa cultural–, plantea la traducción como un modo de redención, el medio por el que se pone a prueba la viabilidad de las formas culturales.

TRAUMA Y LITERATURA

En la ya clásica teoría del trauma se ha afirmado repetidamente que la representación es uno de los modos a través de los cuales es posible poner en marcha un proceso de elaboración del trauma. El papel de la literatura como expresión artística es aquí crucial, dado que constituye un espacio de experimentación simbólica que propone resignificaciones éticas, políticas e ideológicas referidas a hechos traumáticos y a los contextos que los hicieron posibles. En sus trabajos pioneros *Trauma, Explorations in Memory* (1995) y *Unclaimed Experience* (1996), Cathy Caruth, basándose en Freud, ha examinado cómo la literatura busca dotar de sentido a experiencias que parecen cerrarse a toda posibilidad de comprensión y desafiar todo intento de representación. En sus estudios, Caruth intenta desvelar qué alcances pueden llegar a tener semejantes relatos, cuál puede ser la capacidad mediadora de las narrativas del trauma.

Las estrategias utilizadas son diversas; varían según los obstáculos que se oponen al intento de hacer consciente una experiencia traumática. La teoría “ortodoxa” del trauma sostiene que el trauma es inaccesible y siempre retorna. Sin embargo, Caruth y otros teóricos prominentes como Shoshana Felman y Geoffrey H. Hartman, consi-

³ Véanse, por ejemplo, Stef Craps (2010) sobre el trauma en contextos postcoloniales o Michelle Balaev (2014) para un panorama general de las nuevas tendencias.

deran que la literatura ofrece un espacio para articular aquello que no admite clausura, pero limitan este alcance a determinadas manifestaciones literarias, en particular las estéticas modernistas de la fragmentación y aporía, que se apartan de la linealidad y suspenden la lógica causal, manteniendo mediante estos procedimientos el elemento perturbador del trauma, respetando su intrínseca inefabilidad. Pero estos postulados han sido objeto de crítica porque resultan prescriptivos y poco inclusivos. Según Luckhurst (2008, 83), es necesario ampliar considerablemente el repertorio de obras y formas de representación. También en la literatura latinoamericana vemos surgir nuevas tendencias, sobre todo en la narrativa argentina reciente sobre la dictadura y la desaparición forzada, como lo revela Silvana Mandolessi (2018, 508), cuando argumenta que, contrariamente a la producción de las propias víctimas, donde predomina una lógica de lo sublime, en los textos de la llamada “segunda generación” la desaparición resulta ser una secuencia “pensable”, “imaginable” y “representable”, además de inscribirse en un espacio dialógico marcado por el signo de lo político.

Si bien existe ya una extensa reflexión sobre la capacidad mediadora de la escritura y particularmente de la narración, otros aspectos de la problemática, tales como la importancia de la traducción para el procesamiento del trauma, no se han tratado todavía en profundidad. Una cuestión central que se plantea aquí es la siguiente: si el trauma no se deja expresar, ¿es también intraducible? ¿O es, por el contrario, la traducción un procedimiento que permite articular indirectamente el trauma mediante un desvío, teniendo en cuenta que el desfase es una característica del trauma? En otras palabras, ¿existe una relación intrínseca entre trauma y traducción? Para comprender la función que adquiere el acto de la traducción en contextos traumáticos puede pensarse en analizar los motivos cognitivos, culturales y afectivos que incitan a la traducción (o que la bloquean) y sus efectos en el sujeto, teniendo en cuenta que la traducción puede funcionar como estrategia de supervivencia en situaciones de crisis, como gesto de protección contra un pasado disruptivo o, al contrario, como una tentativa de restitución de una filiación quebrada.

Dado que en la narrativa la relación entre trauma y traducción puede adquirir diversas configuraciones y manifestarse en distintos niveles textuales, resulta oportuno diferenciarlas y sistematizarlas. Este es el propósito principal de la contribución de Andrea Pagni, “Trauma y traducción en cinco novelas latinoamericanas contemporáneas. Aportes a una tipología”, que enfoca la traducción como mediadora entre el trauma y su representación lingüística en las novelas *Lenta biografía*, *Mar paraguay*, *Yo nunca te prometí la eternidad*, *Manèges* e *Insensatez*. En todas ellas, la voz narrativa en primera persona revela, con más o menos evidencia, rasgos autobiográficos o autoficcionales. En *Manèges* y *Mar paraguay*, la narradora misma es quien ha vivido una experiencia traumática; en *Lenta biografía*, *Insensatez* y *Yo nunca te prometí la eternidad*, los narradores reconstruyen vivencias ajenas, ocupando el lugar de quien escucha y reconstruye historias contadas por otros (familiares, informantes, víctimas), atravesadas por experiencias traumáticas. En las cinco novelas, el intento de acercarse al trauma pasa por procesos de traducción lingüística que o bien lo tematizan, o bien lo ponen

en escena en el acto mismo de narrar, a través de modulaciones experimentales del lenguaje que podrían leerse, propone Pagni, como huellas de la experiencia traumática en otra lengua. La relación entre trauma y lengua del relato cobra diversas formas. En un extremo, la contaminación es constitutiva de la narración (*Mar paraguayo*); en el otro, la lengua queda aparentemente a salvo de la experiencia traumática (*Manèges*). En las otras tres novelas, la relación entre lengua y trauma se inscribe como objeto de reflexión explícito de la voz narrativa, empeñada cada vez en la puesta en discurso de una experiencia ajena. En las cinco novelas, la traducción incide de variada manera en el intento de representación lingüística del trauma: permite tomar distancia frente al trauma propio, participa en el esclarecimiento de lo indecible de la experiencia traumática ajena, o hace estallar la lengua que intenta contarla.

TRAUMA, TRADUCCIÓN Y EXILIO

Como ilustra el caso de Altounian, los lazos más estrechos entre trauma y traducción se dan en contextos de migración. El exilio es en sí mismo una metáfora del carácter desgarrador del trauma. En este caso, la operación de traducción que entra en escena para integrarse al nuevo espacio puede designar la mera lógica de la transposición: operaría como una matriz para cualquier tipo de pasaje al discurso, en la medida en que el trauma necesita ser traducido a palabras. “Traducir” el trauma y el estigma a la escritura, más en particular a la escritura autobiográfica, respondería a aquella necesidad de expresión y ordenamiento de la experiencia. Tal acto translaticio está definido, sin embargo, por la constante tensión entre síntomas como la compulsión a la repetición o el *acting-out*—donde el sujeto del trauma no es capaz de evocar el acontecimiento límite, sino que lo revive—, y la posibilidad de elaboración del trauma, o *working through* (LaCapra 2005, 46).

Al constituir una enunciación desviada y oblicua, la traducción propiamente dicha parece ser un procedimiento adecuado para articular el trauma, en la medida en que no hay original decible. En el caso del sujeto diaspórico, tener que traducir(se) en un lugar inhóspito se concibe a menudo como un factor paralizante que por sí mismo resulta traumático. La necesidad de verbalizar el trauma aún encriptado coincide con la imposibilidad más o menos radical de hacerlo, lo que provoca sentimientos vehementes de rechazo (renegar de la otra lengua, negarse a traducir) o un estado de mutismo. Dicho esto, como subraya McClennen (2004, 43), las circunstancias del éxodo y de la recepción en otra sociedad son múltiples y diversas, por lo que las actitudes positivas o negativas de diferentes escritores frente al exilio como experiencia traumática difieren y hasta pueden coexistir en un mismo texto en mayor o menor grado.

O sea que el exilio, y la traducción a que con frecuencia obliga, no tienen una exclusiva asociación con el trauma. Antes bien, la traducción puede ofrecer una posibilidad para rearticular la relación del duelo con la supervivencia. Autores que entran en contacto con la nueva lengua, particularmente cuando esto ocurre en la infancia,

suelen convertirla en instrumento de resiliencia, como en el caso de Laura Alcoba, joven hija de militantes peronistas que llegó exiliada a Francia en 1979. En su artículo “¿Traducción como superación? Trauma y (re)escritura en *Le bleu des abeilles* de Laura Alcoba”, Sarah Staes analiza la segunda novela de la trilogía autoficcional de Alcoba construida en torno a la clandestinidad, el exilio y el arraigo. Esta segunda novela evoca la relación epistolar entre la hija y el padre preso en un centro clandestino de la dictadura militar argentina. El intercambio de cartas va paralelo al proceso de aprendizaje del francés y, con él, a la sucesiva inscripción de la niña-narradora en su nueva vida en un barrio periférico de París. En sus cartas escritas en español, padre e hija comentan obras literarias que ambos leen en Argentina y en Francia, respectivamente. De este modo, la niña realiza un ejercicio de traducción que se entrelaza tanto con el proceso de formación como con la relación afectiva entre padre e hija. Staes propone leer esta relación entre literatura, traducción y escritura como “espacio común transatlántico”. Puesto que la propia Alcoba escribió esta novela, al igual que las demás, en francés, mientras que las experiencias que dieron lugar a la escritura habían sido vividas en español, Staes se pregunta en qué medida el gesto de narrar en francés significa para Alcoba un acto afirmativo, de empoderamiento vital, mientras que el español vehicula para ella la violencia ocasionada por el conflicto político en Argentina. Como en *Manèges*, la primera novela, en *Le bleu des abeilles* la traducción es anterior al proceso de redacción. Según Staes, Alcoba pretende mostrar que la adquisición de la nueva lengua va de la mano con la superación del trauma. Sin embargo, la obsesión por incorporar el francés muestra precisamente lo ilusorio de prescindir por completo del español, que ha dejado vestigios indelebles. La nueva lengua funciona aquí como un superyó auxiliar que permite decir lo reprimido en la lengua nativa.

Pese a que el contexto difiere sustancialmente, se observa una dinámica parecida en la situación de algunos escritores de origen latino que viven y trabajan en EE UU. Como se desprende del trabajo de An Van Hecke, “La pérdida de una lengua y la intraducibilidad en *Hunger of Memory* de Richard Rodriguez”, la obra del autor mexicano-americano puede leerse como relato del trauma que pone de manifiesto abiertamente la vergüenza del sujeto postcolonial, evidente en tres núcleos temáticos: la familia, la religión y la raza. En la medida en que mimetiza la retórica norteamericana, este sujeto parece haber internalizado la postura anglófona dominante y las relaciones asimétricas de poder entre EE UU y México. Mientras en el siglo xx el texto de Rodriguez se leyó en primer término como relato de asimilación a la sociedad de acogida y abandono de la comunidad étnica originaria y como polémica contra las estrategias de lucha del movimiento chicano, el análisis de Van Hecke se apoya en lecturas más recientes que señalan la ambigüedad del texto y revelan una trama de integración más compleja y dolorosa. Junto a la asimilación explícita que allanaría el camino al éxito profesional del autor, una lectura más cuidadosa permite vislumbrar huellas de nostalgia, sentimientos de culpa y el deseo de recuperar el vínculo perdido con la identidad étnica de origen, que le conceden al texto un carácter híbrido. En las contradicciones

que subyacen al relato de Rodríguez pueden percibirse marcas traumáticas que se remontan a la infancia del autor. Mientras el abandono del español en aras del inglés por parte de la familia sería la clave de su plena integración en la sociedad estadounidense, el cambio lingüístico impuesto en la casa paterna impide la comunicación afectiva con los padres. Al obturar la lengua en la que las experiencias íntimas podían expresarse, los silencios de lo no comunicado –los intraducibles– provocan un trauma estructural y hacen que Rodríguez falle a la hora de actuar como traductor.

TRAUMA, TRADUCCIÓN Y PERFORMANCE

Íntimamente relacionada con la memoria cultural y la supervivencia, la traducción puede asimismo actuar como un potente medio de transmisión intergeneracional, una función a la que presta amplia atención el ya mencionado estudio de Bella Brodzki, *Can These Bones Live?* Brodzki no solo subraya el poder de la traducción para transformar patrones culturales heredados; la traducción entañaría también una continuidad transformativa. En lugar de poner el acento en la traducción como producto, Brodzki propone entenderla como una práctica, con énfasis en el carácter experiencial, asociándola con el concepto de *performance* en la definición ya canónica de Diana Taylor (2012): una experiencia directa ligada a las nociones de ritual y de vivencia irrepetible. Los trabajos de Hilary Levinson y Silvana Mandolessi indagan en esta dimensión performática de la traducción como *re-enactment*. En respuesta a la “saturación” que en la crítica reciente se ha expresado respecto de la operabilidad de la teoría del trauma como instrumento de análisis, estas dos contribuciones del dossier procuran identificar elementos emergentes (en el sentido de Raymond Williams) y estudian las modificaciones estéticas en estas nuevas formas de representación de marcada naturaleza interdisciplinaria y multimedial.

Hilary Levinson analiza las traducciones teatrales en la novela *At Night We Walk in Circles* del escritor Daniel Alarcón, nacido en Perú pero que ha vivido desde su infancia en EE UU. Los sucesos narrados giran en torno a Diciembre, una compañía teatral fundada durante un período de violencia política a comienzos de la década de 1980 en algún país sudamericano que se parece mucho a Perú. Diciembre pone en escena una sátira política en dos momentos históricos abarcados por la novela: por primera vez en el momento fundacional de la compañía teatral en los años 80 y por segunda vez en el de su reactivación, a comienzos del nuevo milenio. La novela imagina una obra teatral concebida en un contexto de conflicto y, a su vez, explora las implicaciones de volver a montarla dos décadas más tarde. Levinson sostiene que el teatro funciona como fuerza traslativa poniendo de relieve las conexiones entre historia, arte y política, y mediando entre el trauma colectivo y la persistencia de sus huellas. Propone pensar la relación entre pasado y presente en contextos de postconflicto a través de la traducción que, entendida en una acepción amplia, opera como fuerza que trasmite un sentido de dolor y pérdida de un espacio y tiempo a otro, y facilita la transposición a diferentes medios y

formas. La relación entre teatro y traducción en la novela señala el desafío que supone traducir, frente al trauma y su evolución en el tiempo, las imágenes del pasado en un contexto diferente. La traducción puede revelar aspectos que han pasado desapercibidos en el original o modificar su significación, pero también admite el hecho de que siempre hay algo que por la disyunción temporal no puede ser traducido. Levinson propone pensar la relación entre trauma, creación artística y traducción a partir del concepto de postmemoria de Marianne Hirsch que, al establecer una relación entre el contexto inicial del trauma y su postvida (en el sentido de Benjamin), funciona como una forma de traducción entre el pasado y el presente o el futuro, donde las marcas del trauma original permanecen, pero se transforman.

En “Trauma y cultura digital”, Silvana Mandolessi explora el trauma como objeto digital, auscultando las estrategias de traducción que se aplican al transcribirlo en la textualidad de un medio social. Objeto del análisis, que considera asimismo el contexto cultural, político y social como mediador entre la dimensión individual y colectiva del trauma, es el blog *Diario de una princesa montonera* –posteriormente convertido en libro– de la escritora argentina Mariana Eva Perez. El trauma ocupa aquí un lugar central tanto en la vida de la narradora, hija de desaparecidos de la última dictadura militar argentina, como en su narración. No se presenta en clave de una experiencia singular ni de un evento preciso, ya que su origen, según Mandolessi, descansa sobre una subjetividad disociada como aquella atribuida a los hijos de los desaparecidos en la construcción de la memoria colectiva. El aspecto performativo, tanto en la construcción de la identidad como en la representación del trauma mediante el lenguaje, sería un elemento central en el texto de Perez. Mientras la narradora construye sus identidades mediante actos deliberadamente performativos, la subjetividad que el contexto sociocultural le asigna (“hija de desaparecidos”) es trasladada al ámbito ficcional (“princesa montonera”). Para la *performance* de la identidad en el espacio virtual de los medios sociales –plataforma no solo para (re) negociar identidades diversas, sino también experiencias traumáticas–, la comunidad de espectadores es fundamental. En el libro, los efectos de esta dinámica se producen mediante la acumulación de actos –textuales y visuales– de construcción identitaria. El trauma, por su parte, se manifiesta tanto de manera lúdica como mediante sentimientos de dolor y de tristeza, sin que la expresión de estos sentimientos lo relegue a un ámbito patológico. En tanto que el yo se constituye de una manera performativa, la narración de Perez cuestiona la noción de restitución de la identidad “verdadera”, central en la teoría del trauma y la construcción de la memoria sobre la última dictadura militar en la Argentina. En sus “ejercicios de traducción”, como los llama Mandolessi, el lenguaje del trauma distorsiona la ortografía de términos centrales que el discurso social, cultural y político le adjudican a la subjetividad disociada y tensiona la gramática en los relatos sobre el pasado reciente, vuelto memoria colectiva. El ejercicio de traducción mediante el cual la experiencia traumática está puesta en escena no aspira a la equivalencia: en la ecología digital, la “mala traducción” es la clave en la que el sujeto ejerce su resistencia.

Diferentes obras dan cuerpo a la represión que sufren todavía los grupos de población étnica en América Latina. Enlazan con una larga tradición, resaltando el papel que ha desempeñado la traducción como proceso constitutivo y definitorio de la producción cultural en el subcontinente desde la Colonia hasta nuestros días, tal como se desprende de la tradición literaria heteroglósica, que alcanzó dimensiones trágicas en *El zorro de arriba y el zorro de abajo* de José María Arguedas y perdura, por ejemplo, en *Mar paraguay* de Wilson Bueno.

Desde posturas divergentes, el narrador de *Insensatez*, de Horacio Castellanos Moya, y la narradora e intérprete *alter ego* de Valeria Luiselli, en *Los niños perdidos*, retoman problemáticas debatidas en torno al testimonio, género predominante en los años 70 y 80 del siglo pasado, en particular sobre el papel y la legitimidad del intermediario en contextos de subalternidad. En mi artículo “*Los niños perdidos* de Valeria Luiselli: el intérprete ante las vidas ‘dignas de duelo’”, me detengo en los complicados procesos de traducción que vertebran la versión española de este texto. La protagonista hace de intérprete para menores de edad procedentes de América Central que solicitan asilo en los Estados Unidos. Esta tarea a primera vista sencilla se revela complicada, porque las respuestas de los niños no encajan en el corsé administrativo. La transcripción no puede ser una reproducción mecánica, sino que debe ordenar el material para convertirlo en una historia con fuerza retórica. Pese a que la obra plantea, pues, la típica paradoja del testimonio, presente en el importante trabajo de traducción y edición por parte de la autora que actúa como filtro, su *ethos* discursivo difiere del que define al testimonio clásico en al menos dos aspectos: acepta una percepción más subjetiva de los materiales, y desdibuja abiertamente la frontera entre lo factual y lo ficcional. Significativa es, además, la transformación que generó la traducción al español del reportaje escrito originariamente en inglés, realizada por la propia Luiselli. El cambio de lengua y de público produjo un texto más extenso, debido a las implicaciones afectivas vinculadas con el español y con el papel tan negativo de México en el conflicto. Al mismo tiempo, el ensayo de Luiselli se propone analizar una dimensión de la vida política relacionada con nuestra complicidad con la violencia, para encontrar en estas condiciones las bases para una comunidad. En este sentido, puede leerse como una denuncia contra los marcos estructuralmente diferenciados que definen cuándo una vida es “digna de duelo” y cuándo no. El punto de partida de la crítica de Judith Butler a esos marcos (siempre contaminados por la acción del poder), es la pregunta por la posibilidad de un comportamiento ético basado en el reconocimiento de la vulnerabilidad como condición compartida. Aunque, según Butler, nada garantiza la protección de las vidas vulnerables, ello sigue siendo una condición necesaria, una condición que claramente no se da en el caso de estos niños radicalmente inocentes.

Los enfoques presentados en este dossier no permiten sacar conclusiones unívocas. El estudio de un conjunto notable de narraciones de autores latinoamericanos escritas a lo largo de los últimos treinta años, aproximadamente, nos revela la ambivalencia

fundamental de la traducción frente al trauma, en particular aquí el trauma colectivo, vinculado con la violencia política. En ciertas circunstancias puede resultar perjudicial y hasta dar lugar a retraumatizaciones. Es lo que se trata de evitar en *Le bleu des abeilles* de Alcoba, donde el objetivo de la protagonista es incorporar el francés de tal modo que pueda eliminarse la traducción mental del español. En otros contextos, sin embargo, traducir tiene una función catártica. Actúa como camino de reconstitución identitaria o como medio de memorialización. Piénsese en *Yo nunca te prometí la eternidad* de Tununa Mercado, obra que brinda una segunda vida a una historia original que de otro modo se habría perdido para siempre y que, al hacerlo, instaura una forma de “retribución afectiva” (Pagni). Podría decirse que la traducción funciona como un *pharmakon* (en el sentido de Derrida 1989) que tanto infecta como cura, y que combina significados antitéticos, cuyo valor depende de los contextos. Es sanadora o dañina porque, de manera inherente, es responsable tanto de la muerte del original como de su supervivencia. El *pharmakon* puede cumplir todas esas múltiples funciones a la vez y, por lo tanto, no se deja reducir a los estrechos parámetros del binarismo. Lejos de tratarse de una mera desviación, la traducción del trauma es también, y ante todo, un acto productor, que re-actúa la dinámica de la identidad y la alteridad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alexander, Jeffrey. 2004. “Towards a Theory of Cultural Trauma”. En *Cultural Trauma and Collective Identity*, editado por Jeffrey Alexander *et al.*, 1-30. Berkeley: University of California Press.
- Altounian, Janine. 2005. *L'intraduisible. Deuil, mémoire, transmission*. Paris: Dunod.
- Balaev, Michelle, ed. 2014. *Contemporary Approaches in Literary Trauma Theory*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Bhabha, Homi K. 1994. *The Location of Culture*. London/New York: Routledge.
- Benjamin, Andrew. 1992. “Translating Origins: Psychoanalysis and Philosophy”. En *Rethinking Translation: Discourse, Subjectivity, Ideology*, editado por Lawrence Venuti, 18-41. London/New York: Routledge.
- Brodzki, Bella. 2007. *Can These Bones Live? Translation, Survival, and Cultural Memory*. Stanford: Stanford University Press.
- Caruth, Cathy. 1995. *Trauma: Explorations in Memory*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- 1996. *Unclaimed Experience. Trauma, Narrative and History*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Craps, Stef. 2010. “Wor(l)ds of Grief: Traumatic Memory and Literary Witnessing in Cross-Cultural Perspective”. *Textual Practice* 24, n° 1: 51-68.
- Derrida, Jacques. 1989. *La Pharmacie de Platon*. Paris: Flammarion.
- Kaës, René. 2002. “Polifonía del relato y trabajo de la intersubjetividad en la elaboración de la experiencia traumática”. *Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo* XXV, n° 2: 15-27.
- Kansteiner, Wulf y Harald Weilnböck. 2008. “Against the Concept of Cultural Trauma (or How I Learned to Love the Suffering of Others without the Help of Psychotherapy)”. En

- Cultural Memory Studies. An International and Interdisciplinary Handbook*, editado por Astrid Erll y Ansgar Nünning, 229-240. Berlin: De Gruyter.
- LaCapra, Dominick. 1999. "Trauma, Absence and Loss". *Critical Inquiry* 25: 696-727.
- 2005. *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Laplanche, Jean. 1996. *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, Jean y Jean-Bertrand Pontalis. 1996. *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Leys, Ruth. 2000. *Trauma. A Genealogy*. Chicago/London: University of Chicago Press.
- Luckhurst, Roger. 2008. *The Trauma Question*. London/New York: Routledge.
- Mandolessi, Silvana. 2018. "Memorias sagradas, memorias profanas: Agamben y el discurso de lo sublime en la literatura postdictatorial argentina". *Revista Iberoamericana* 263: 497-516.
- Martín-Baró, Ignacio, ed. 1990. *Psicología Social de la Guerra: Trauma y Terapia*. San Salvador: UCA Editores.
- McClennen, Sophia A. 2004. *The Dialectics of Exile. Nation, Time, Language and Space in Hispanic Literature*. West Lafayette: Purdue University Press.
- Taylor, Diana. 2012. *Performance*. Buenos Aires: Asunto Impreso.
- Vetö, Silvana. 2011. "El Holocausto como acontecimiento traumático. Acerca de la incorporación del concepto freudiano de trauma en la historiografía del Holocausto". *Revista de Psicología* 20, n° 1: 127-152. DOI: 10.5354/0719-0581.2011.13729.